

DR. SHIVA VON HASSEL

☠ OSTFRONT

Prólogo de Eduardo Vaquerizo

Traducción de José Ramón Vázquez

Edición de Santiago Eximeno



ediciones del cruciforme

Ostfront es la primera novela publicada en castellano del Dr. Shiva von Hassel, un autor de biografía oscura que ha escrito varias novelas ucrónicas con un denominador común: el sentido de la maravilla.

Ostfront, novela que nos presenta una Segunda Guerra Mundial repleta de cabalistas, zombis, dragones y hechiceros, es una obra difícil de clasificar que a buen seguro apasionará a los lectores. Ha sido prologada por Eduardo Vazquez y traducida del ruso por José Ramón Vázquez. La edición corre a cargo de Santiago Eximeno.

Su edición en papel estuvo limitada a 666 ejemplares. Cuando ya no quedaron copias disponibles este libro se publicó bajo licencia Creative Commons para su descarga gratuita.

PRÓLOGO

El doctor Shiva von Hassel no es un escritor en el sentido habitual del término. Escribe, es evidente, pero no es una actividad premeditada. Al doctor, en realidad, el término que lo define es el de narrador de historias. Al ser humano le apasiona que le cuenten historias; cuanto más enrevesadas, llenas de aventuras y de sucesos, mejor. Es algo que los modernos narradores no deberían olvidar nunca, y los que son buenos en su oficio no lo hacen. La literatura nace de la oralidad narrada y la oralidad narrada deviene de la necesidad de escuchar lo que sucedió, o lo que pudo haber sucedido o, aún mejor, lo que sucede o sucederá, o incluso podría suceder.

El doctor Shiva von Hassel es un hombre que parte de una situación de ventaja en la carrera por embelesar con la palabra: ha vivido muchas vidas, muchas de ellas llenas de peligros. Su nacionalidad actual es la española, pero no ha sido la única. Dice —pero es difícil confirmarlo cuando se trata de sus propias palabras— que nació en Suiza, en un pequeño caserío cerca del monte Cervino. Hijo de un campesino, demostró su valía en la escuela y logró doctorarse en medicina en Basilea, profesión que, por lo que sabemos, nunca ha ejercido. Acostumbrado a las montañas y al frío, dice sentirse muy cómodo en España, donde el calor y la sequedad es mucho más soportable que, por ejemplo, en el horrible desierto del Gobi, lugar que, según cuenta, conoce como la palma de su mano.

Con el doctor nunca sabrás si lo que cuenta de los lugares ignotos lo ha aprendido leyendo los miles de libros que abarrotan las estanterías de su casa o lo sabe por su propia experiencia. A ustedes, lectores, les recomiendo que hagan como yo: no lo intenten. Conversando con él he llegado al convencimiento de que mucho de lo que cuenta como fábula increíble es cierto. Otro tanto de lo que dice, adornado con los ambages de la veracidad, es tan falso como su pretendido origen nepalí, lo cual es decir poco, ya que el doctor es un hombre mayor, con esa fluidez en los gestos y los músculos que hace difícil discernir su verdadera edad de un primer vistazo. Tiene los ojos del color del hielo de los glaciales; sin embargo, bajo ciertos ángulos, su nariz achatada y un leve resto de pliegue epicántico hacen dudar de su etnia.

El doctor acumuló su experiencia viajando por el mundo en una época en que hacerlo no era tan sencillo como ahora. Nos cuenta que pasó su juventud huyendo de la Guerra Mundial y allá donde llegaba le perseguían las tropas alemanas o japonesas. Islas del Pacífico, el Círculo Polar, los desiertos de Asia. ¿Qué buscaba en aquellos lugares? Cuando se le pregunta contesta siempre lo mismo: aventuras, y algo de dinero para seguir viviendo. Cuando se observan las estanterías de su casa se descubren estatuillas, tallas, todo tipo de objetos de culto, huesos, fotografías, mapas y algunos otros objetos que hablan de excavaciones, búsquedas, templos sin nombre y remotos parajes fantásticos.

Pero me estoy dejando llevar por lo accesorio. Todo eso en el doctor Shiva von Hassel no es más que su vestimenta intelectual. Sus libros dicen mucho más de él que todo lo demás. En su biblioteca he podido encontrar volúmenes de filosofía alemana, de esoterismo, gruesos tomos medievales, tratados de física, de ingeniería, de fotografía, junto a antiguos libros dedicados a muchas civilizaciones extintas, imaginarias o por descubrir.

Me he extendido mucho hablando del doctor. Porque, ustedes me sabrán perdonar, es la forma más fácil de hablar de sus escritos, nunca antes dados a la imprenta. El doctor escribe de forma irregular, según sus instintos se lo dictan, ajeno a tratar el arte de dar forma a discursos escritos más que como una válvula de escape a su narratividad explosiva y devastadora. Acumula folios y folios de su apretada y casi indescifrable letra. Muchos de ellos están escritos en alemán, pero he encontrado fragmentos en latín, en griego, en árabe, en chino, en sánscrito, en italiano medieval, en inglés victoriano e incluso en castellano.

El relato que hoy prologo fue escrito originalmente en ruso. El doctor dice que lo copió de una lápida de plomo en una capilla bajo el Kremlin, el oculto panteón de hombres ilustres del comunismo que, a pesar de tratar la individualidad como un anatema, reconoció algunos logros lo suficientemente importantes como para merecer un recuerdo diferenciado y atemporal.

Era la tumba de su protagonista y sobre ella habían reseñado su relato. Pueden creer lo que quieran, yo opto por no preguntarme nada y disfrutar del texto fuera de todo prejuicio. Es evidente que no puede ser cierto, ni el escrito ni la tumba, ni ninguna de las explicaciones que el doctor da cada vez que alguien le pregunta por el origen de esta u otra historia.

De cualquier modo, el texto se defiende a sí mismo. Léanlo como quieran: como ficción, como metáfora, como realidad reinterpretada. Por encima de todo intenten que no les roben las ganas de divertirse. Si lo logran, disfrutarán del texto y la historia les mantendrá despiertos hasta la madrugada, sumergidos en un mundo que no es el nuestro, o que lo fue, o que lo será.

No lo sabemos ni lo queremos saber.

Eduardo Vaquerizo, 1 de Septiembre de 2012

I

Los colmillos se hundieron en la carne, rasgaron pelo, músculo y tendón, tiñeron de rojo sangre el pelaje blanco amarillento del animal que se debatía inútilmente contra las implacables mandíbulas. Una liebre vieja y anémica era una magra comida para un lobo, pero el duro invierno había dejado casi esquilados los bosques polacos. Aunque el hambre no iba a dejar de agujonear sus flancos, ese almuerzo podría permitirle aguantar vivo un día más.

Estaba tratando de alcanzar un resto de intestino particularmente rebelde cuando llegó a su hocico olor a carroña pasada. Era tan fuerte aquel aroma a muerte antigua que el orgulloso animal abandonó su presa para ponerse a salvo de la amenaza que se acercaba.

El ronroneo de los motores y el crujido de las cadenas acompañaron el aullido contenido de los lobos en su retirada. Como nuevos señores del bosque nevado los vehículos de transporte, moles oscuras, herrumbradas, que despedían un desagradable tufo a sangre y gasolina, se internaron entre los árboles quebrados. Bajo el triste cielo gris el avance de la columna se percibía como un desgarró en la inmaculada superficie del bosque. Tras los primeros vehículos avanzaban a caballo varios hombres uniformados. Altivos, distantes, representantes del ideal ario, tiritaban de frío mientras trataban de irradiar respeto.

Las gorras negras que cubrían su pelo rubio de corte perfecto no eran tan eficaces a veinte grados bajo cero co-

mo en la ciudad, donde la sola visión de la calavera y la doble ese era suficiente para abrir cualquier puerta. Sin embargo los oficiales no podían permitirse mostrar un mínimo signo de debilidad frente al hombre que guiaba la columna. Al contrario que sus subordinados, jóvenes de rostros impecables, su cara era un mapa del dolor. Remiendos, cicatrices y arrugas se superponían unas a otra y bordaban el cráter de carne quemada que, mucho tiempo atrás, había ocupado su ojo derecho. En la cuenca vacía refulgía una brillante esmeralda con una esvástica grabada.

El hombre cubría su cuerpo, paradigma de la consunción, con una túnica negra. Sobre ella se amontonaban pieles frescas de animales muertos, en su mayoría lobos. Supuraban sangre que empapaba la túnica, que empapaba su piel grisácea. Aquel era el olor del que huía la manada, el aroma de un depredador de lobos. Así lograba mantenerse en pie, erguido, desafiante. Así lograba someter a los hombres que le acompañaban. A los vivos, a los muertos.

El hombre había dedicado, como muchos otros de su raza, su cuerpo y su alma a los poderes oscuros. Donde otros habían fracasado él se había alzado victorioso. Ya no podría ser considerado jamás como un igual por los que caminaban tras él.

Ahora era un nigromante.

El ladrido de un pastor alemán hizo volver la cabeza al grupo de oficiales. Pronto el resto de perros unieron su voz al coro de la alarma. De la parte trasera de uno de los transportes saltó una forma vagamente humana cargada de cadenas. Se movía de forma errónea, como si sus articulaciones estuvieran tan oxidadas como la prisión de la que trataba de huir.

El oficial soltó un bufido de fastidio y sacó sin prisa una Luger de plata de la funda que colgaba de su cadera. Con calma, apuntó el arma hacia la figura que avanzaba torpemente sobre la nieve. El ánima de la pistola escupió un rayo azulado cuando apretó el gatillo.

El cuerpo se retorció cuando recibió el impacto en el pecho, cayó al suelo.

—¡Recójalo y devuélvanlo a su sitio! ¡Ahora mismo! — gritó el *Obergruppenführer*.

Dos soldados acudieron a cumplir la orden. El hombre caído trató de atraparlos con sus dedos engarfiados, pero los soldados, que estaban alerta, lo alzaron tirando de las cadenas que se enroscaban en su torso. Uno de ellos maldijo cuando vio el agujero que la Luger había abierto en el pecho del hombre.

—*Mein Gott...*

Las puertas de los transportes se abrieron, los perros ladraron con más fuerza. Nadie bajó. Nadie debía bajar, al menos no todavía.

El nigromante les indicaría el momento preciso.

El bosque permanecía en silencio, cubierto de nieve blanca. Los pinos de corteza negra se extendían por la ladera hasta que la niebla los hacía desaparecer. Nadie se movía. El aliento de los soldados y los perros formaba penachos de vaho que parecían contribuir a la niebla que los rodeaba. De la boca del nigromante no salía vapor alguno. Algunos soldados, los SS más veteranos, miraron de reojo hacia la figura de su *Obergruppenführer*, pero cuando el fulgor verde de la esmeralda los iluminó bajaron la vista. Los correajes de las armas tintineaban agitados donde antes habían permanecido firmes.

Aún recordaban el pequeño pueblo que acababan de cruzar, el último eslabón en la cadena de horrores que se había iniciado en el gueto de Varsovia. Los años pasados en la academia de la Ahnenerbe, descifrando las runas de olvidadas sagas vikingas, o las prácticas con especímenes vivos en los campos de Auschwitz y Dachau, no les habían preparado para el verdadero trabajo de campo. El olor enfermizo de la hechicería o los lamentos de los niños al ser devorados por sus padres ya eran más que suficiente para sembrar el terror en las almas del nacionalsocialista más fer-

viente, pero la mirada del *Obergruppenführer* Schreck era la del abismo encarnado.

Max Schreck bajó del vehículo y hundió sus pies desnudos en la nieve. Caminó hasta uno de los árboles —calcinado, retorcido— dejando tras de sí un rastro sanguinolento. Se arrodilló y olisqueó como un animal hambriento. Después recorrió con sus manos la corteza negra, desmoronándola con sus uñas. Se detuvo en un punto concreto y allí, ante la estupefacción de sus hombres, hundió dos falanges de su dedo índice y se lo llevó a los labios. Saboreó con deleite las entrañas de aquel árbol negro, ajeno a las miradas de los soldados alemanes. No tenía que dar explicaciones a nadie, sus actos estaban refrendados por el mismísimo *Führer*.

Durante un minuto que pareció durar una vida, la lengua de Max lamió el dedo largo y huesudo, manchado de una savia escarlata que nadie hubiera creído posible. Luego volvió su atención hacia el bosque. Algo había cambiado. El silencio, antes blanco y sólido, se había vuelto hueco, un túnel por el que llegaban vibraciones casi inaudibles. Les alcanzaron lentos y blandos ecos que sacudían el aire y reverberaban en el pecho de los soldados. Algo lejano, oculto por la niebla, golpeaba la nieve en polvo. El *Obergruppenführer* miró de nuevo a las profundidades blancas del bosque y sonrió con dientes negros y afilados.

II

Era como una catedral en movimiento, plagada de arbotantes en forma de antenas que se comunicaban con el obeso cuerpo central mediante chisporroteantes arcos voltaicos. El acero que lo recubría estaba plagado de manchas de aceite espeso que no lograban cubrir la imponente hoz y el enorme martillo rojo que adornaban el frontal. Su potente motor era tan ruidoso que podía haber despertado a una manada de mamuts congelados, eso si no lo hacía antes el intenso hedor a gasolina mal quemada que emanaba de sus tubos de escape. La nieve quedaba aplanada al paso de las orugas gemelas de su base, así como cualquier arbusto, valla o desdichado animal que se cruzara en su camino.

Era el orgullo del Ejército Rojo, y los ciudadanos que habían contemplado su paso por la estepa helada olvidaban por unos instantes sus miedos y sus miserias y guardaban un silencio reverencial. Todos ellos, al volver a sus casas tras la jornada, al servir en sus vasos el vodka blanco que les mantendría calientes hasta la noche, recordarían la presencia del coloso y darían gracias al Estado por su existencia.

Porque, bien lo sabían, de aquella maquinaria, de su eficacia, dependían sus vidas. El enemigo estaba a las puertas, era el momento de mostrarle al mundo la supremacía bélica soviética.

El golem rojo avanzaba sobre la carretera helada levantando chorros de hielo pulverizado. Dentro de la máquina

el camarada comandante Puzov se sacudía contra los correajes que lo sujetaban al asiento. Echaba de menos las dobles palancas de los T34, el acelerador y el freno. En aquella máquina infernal no había nada de eso, tan solo una consola con varios relojes y una matriz de gruesos botones cuadrados, similares a los del teclado de una máquina de calcular, rotulados con caracteres hebreos. Al lado de Puzov, en el asiento contiguo, un hombre delgado y nervioso ajustaba pequeñas ruedas de control, observaba con atención la configuración de múltiples diales y marcaba instrucciones en el teclado.

Tenía una nariz córvida, tal vez para poder sostener las pesadas gafas de soldador que le tapaban los ojos por completo. Todo su cuerpo estaba cubierto de grasa, desde las botas reforzadas pasando por el viejo mono de obrero hasta la andrajosa visera que le cubría su rala cabeza. Incluso la medalla de Héroe de la Unión Soviética que portaba en el pecho veía opacada su brillantez por restos de petróleo, algo que a cualquier otro le hubiera costado una larga estancia en el gulag.

Se le escapó una risita ratonil y una maliciosa mirada de soslayo cuando Puzov soltó una imprecación sobre la madre del camarada Molotov. Después miró a su alrededor, como buscando algo.

—¡Un homúnculo! —gritó Puzov, saltando en su asiento.

La pequeña criatura, que había salido retorciéndose de una pequeña abertura entre dos placas de metal del suelo, les contempló con curiosidad. Era un manojito de brazos y piernas de color violeta oscuro con un rostro de niño que coronaba un cuerpo diminuto. Despedía un insoportable hedor a pachulí, más desagradable aún cuando se mezclaba con el olor del interior del vehículo. En su pecho desnudo la escarificación de un carácter hebreo mostraba sin ambages quién era su propietario.

El judío miró a la criatura, sus ojos ocultos tras las gafas. Se preguntó si les traería la información que le había sido

requerida o, como en ocasiones anteriores, simplemente se había materializado para incordiarles.

—Comida poca.

—¿Ya se ha terminado el combustible?

Puzov se inclinó sobre el medidor. Ese fue el momento en el que el impacto de un proyectil hizo tambalearse al coloso. Puzov se golpeó contra el salpicadero del vehículo y se abrió una brecha en la ceja izquierda, de la que comenzó a manar sangre. En el visor, una estrecha línea de cristal reforzado en el frente de la máquina, solo era posible ver nieve y árboles.

—¿Dónde está el tanque boche?

Un nuevo impacto les hizo tambalearse. El judío tecleó frenéticamente varias órdenes mientras el homúnculo desaparecía entre las planchas de acero del suelo. Los motores comenzaron a acelerar.

A pesar del estruendo el golem se quedó quieto. Toda la potencia había sido dirigida a las dinamos del cañón Gauss, impulsando una esfera de acero de diez kilos a una velocidad cada vez más elevada hasta alcanzar la boca. El simple contacto con el aire provocó la aparición de unos extraños glifos en la superficie de la bala, glifos que brillaban al rojo vivo. El proyectil cambió de dirección en el aire como si tuviera vida propia y zigzagueó entre los árboles hasta alcanzar la torreta del Tiger I emboscado en la maleza.

Una extraña nube con forma de hongo cubrió el lugar en el que instantes antes había estado un tanque alemán. Cuando se disipó, solo quedaba un cráter y algunos restos de metal chamuscado que brillaban en tonos verdosos.

—Tarde y mal —dijo el judío mientras el homúnculo reaparecía—. Ya no necesitamos tu información.

Atrapó al pequeño ser entre sus dedos y lo contempló mientras se debatía. En el rostro del homúnculo se esbozó algo parecido al miedo cuando el judío lo atrajo hacia su boca.

—De mi abrazo no puedes escapar, desgracia viviente.

El hombre abrió los labios y acercó la cabeza del homínulo a ellos, el gesto de cariño de un padre con un hijo díscolo. No llegó a concretarlo. Abrió la boca, introdujo en ella la cabeza de la criatura y la separó del resto del cuerpo de un mordisco. Masticó con fruición mientras Puzov manipulaba los controles del golem.

Puzov se concentró en mantener un buen régimen de giro de los generadores diesel, trató de ignorar cómo la figura humanoide, tallada en una raíz de mandrágora, se debatía y crujía al ser devorada. Solo una vez levantó la vista del mapa que estaba consultando y se encontró con la mirada que le dirigía el judío desde detrás de sus gafas oscuras. Aquello bastó para terminar de revolverle el estómago.

Mientras tecleaba las coordenadas de su destino se contuvo para no desenfundar su *tokarev* y dispararle un cargador completo, cualquier cosa para no tener que soportar su olor, los ruidos de masticación, su presencia.

—Están cerca —los restos medio triturados del homínulo caían por las comisuras de la boca del hombre, algo que provocaba arcadas a su compañero de cabina—. Puedo palpar la corrupción desde aquí.

Puzov hacía bien en evitar la mirada de su compañero de viaje. Si hubiera podido contemplar sus globos oculares probablemente no habría vuelto a articular una frase coherente en el resto de su vida. Las dos supernovas gemelas que se alojaban en su cráneo brillaban emitiendo luz en las longitudes de onda del odio, el miedo y el deseo de venganza. Sus padres, sus hermanos y, sobre todo, el rabí Loew serían liberados de su prisión. Había cambiado a Yahveh por Marx, pero no había olvidado sus raíces.

III

El tren se detuvo emitiendo los espasmos y toses de un viejo reumático con una esperanza de vida despreciable. Cuando se abrieron las puertas los ojos de los pasajeros se cerraron, incapaces de adaptarse a la luz del sol. Se oyeron gritos de horror en el interior, alguien había descubierto un cuerpo muerto. Varios.

Los soldados les obligaron a bajar con gritos, con golpes. Los niños pequeños lloraban, las mujeres trataban de calmarlos. De pronto reverberó un disparo al aire procedente del arma de un oficial joven. Poco a poco los recién llegados formaron una fila temblorosa.

—Bienvenidos a Auschwitz —dijo el *Lagerführer*, su uniforme impecable, su sonrisa aterradora.

Entre la multitud de hombres y mujeres al borde del colapso destacaba un hombre anciano. Aún tenía restos de los pelos que se había arrancado de las patillas para evitar ser reconocido como rabino. A diferencia de los otros, él sí sabía cuál sería su destino más inmediato —trabajo, dolor, humillación y hambre— y con qué alimentarían sus verdugos las bocas de los hornos.

Sus poderes estaban casi anulados por la cruz gamada, el doble rayo y las calaveras de plata que le rodeaban por doquier. Dudaba que le permitieran, a él y a su familia, no ser gaseados el primer día. Del futuro, que en otro tiempo había sido fácil de leer, no sabía nada. Depositaba su espe-

ranza en su sobrino y en todo lo que le había enseñado. Era el único que había escapado del gueto.

Separaron a los recién llegados en dos grupos: machos y hembras. Algunos niños lloraron al ser separados de sus madres. El rabino intentó calmar a los gemelos Scholem, los más desconsolados. Ni siquiera habían cumplido los siete años y los guardias del campo los consideraban ya adultos. Su padre los miraba impotente. No había que ser muy listo para entender que era un hombre roto. Sería de los primeros en caer, antes incluso que sus hijos pequeños.

¿Qué quedaría de ellos en unos días, a lo sumo meses? Nada, solo humo.

El rabino tuvo que fingir que le picaban los ojos. En el aire persistía el hedor que brotaba de los crematorios. La mayor parte de los reunidos era incapaz de identificar su procedencia. Entre ellos había médicos y enfermeros que cubrían su rostro con pañuelos, con las manos, incapaces de aceptar la verdad.

Seleccionaron a gran parte de los hombres, los que estaban en mejores condiciones, formaron con ellos una nueva fila y los hicieron avanzar hacia uno de los edificios adyacentes. Comenzaron los llantos, las súplicas. Los *kapos* se movían entre ellos sin mirarles a los ojos, indicándoles dónde ir, qué hacer.

Hombres armados gritaban en alemán a los que quedaron en la otra fila que iban a llevarlos a las duchas. El rabino sabía qué tipo de duchas eran aquellas. Se despidió mentalmente de aquellos desdichados.

El rabino vio cómo le arrebataban a los gemelos. No hizo nada para evitarlo. Ya estaba todo perdido.

No podía mantener su influencia sobre tanta gente, el esfuerzo le estaba extenuando. Mientras afianzaba en voz baja las palabras místicas que tejían un hechizo protector se le acercó un *Totenkopf*. Sonreía, se balanceaba sobre unas largas y brillantes botas, la porra de madera manchada de sangre le colgaba del brazo. Pasó de largo, como si no